



ÉRASE UNA VEZ

# MÉRIDA

(GUÍA PARA EL TURISTA MENUDO)





ÉRASE UNA VEZ  
MÉRIDA  
(GUÍA PARA EL TURISTA MENUDO)



*La imaginación y la infancia también viajan  
¿Por qué no hacerlo a Mérida?*





INTRODUCCIÓN.....	5
ENCUENTRO CON LOS GIGANTES DE PIEDRA.....	7
EL SONAJERO MÁGICO.....	11
LA PUERTA MAS PEQUEÑA DEL MUNDO.....	15
LOS ANGELES DE LA GUARDA DE QUINTO.....	19
EL NIÑO DE LA MIRADA PERDIDA.....	23
NAO, LA NEREIDA DE PIEDRA.....	27
EULALIA, LA TÍMIDA.....	31
LAS DOS ALMAS DEL VIEJO CASTILLO.....	35
UN AMOR IMPOSIBLE.....	39
EL MILAGRO DE UN CANAL QUE SE CONVIRTIÓ EN NIDO.....	43
UNA BREVE HISTORIA APESTOSA.....	47
EL CABALLERO DE LA HERMOSA VENTANA.....	51

**Edita**

©EXCMO. AYUNTAMIENTO  
DE MÉRIDA

**Coordina**

JUAN ANTONIO ROLLÁN GÓMEZ

**Idea y Textos**

©JOSÉ LUIS MOSQUERA MULLER  
*Cronista Oficial de la Ciudad de Mérida*

**Ilustraciones**

©ERNESTO MOSQUERA MULLER

**Maquetación**

JUAN CARLOS CONDE

**Imprime**

IMPRESA REJAS

**Deposito Legal**

BA-040-2020

COLABORAN



C.E.I.P. TRAJANO





# Introducción

¿Acaso no viajan los niños? Parece que Gloria Fuertes era de la opinión de que la infancia debe conocer mundo. En su poema “viajar es un placer” venía a decir que con la imaginación se puede llegar adonde se desee así que, si “Enriqueta llegó a la meta montada en avioneta”, como dice uno de sus versos, nada impide que tampoco Enriqueta llegue a Mérida, una ciudad muy, pero que muy antigua, que es como una de esas abuelas que no se cansan de contarte las cosas que le han sucedido en su vida...y os podemos asegurar que han sido muchas.

En ocasiones, una ciudad tan vieja como Mérida puede tener lagunas en su memoria o imaginar que lo que fue no es, en realidad, como los arqueólogos e historiadores lo cuentan, sino como los niños quieren que sea. Por eso nos hemos animado a echarle un poco de sal y azúcar de fantasía a la ciudad y sus ruinas, al museo y a los objetos que guarda, para que disfrutéis de la visita con vuestros padres o con el cole. Os dejamos en estas páginas doce historias para imaginar Mérida y un plano para visitarla.

Viajar y disfrutar del pasado no es cosa solo de mayores, también los niños deben hacerlo. El Ayuntamiento de Mérida cree que debe ser así y por eso invita a Enriqueta, la del verso de Gloria Fuertes, y a todos los turistas menudos que les apetezca, a que acudan a Mérida, una vieja ciudad que tiene muchas historias que contar para quien quiera vivirlas y, sobre todo, imaginarlas.



# Encuentro con los Gigantes de Piedra

**U**NA VEZ, HACE MUCHOS AÑOS YA, MI HERMANO ERNESTO Y YO acompañamos a mi padre, que era ganadero, a ver una finca llamada "El Prado de Lácara". A nosotros nos gustaba ir a ese lugar, lleno de alcornoques y viejas encinas, con un río plagado de ranas y renacuajos. Nos lo pasábamos pipa sorprendiéndolas tomando el sol y viendo como saltaban desde su improvisado trampolín al agua cuando descubrían que las observábamos.

Pero lo que más nos atraía de ese sitio era un edificio muy, pero que muy antiguo, que los habitantes del lugar edificaron muchísimo antes de que los romanos pusieran sus sandalias en esta comarca.



Se encuentra tras una pequeña loma de tierra. A mí me parecía una enorme casa a la que le faltaba solo el techo. Estaba toda construida con bloques de piedra tan enormes y pesados que solo podían haberlos colocado allí, en ese orden tan perfecto, unos gigantes.



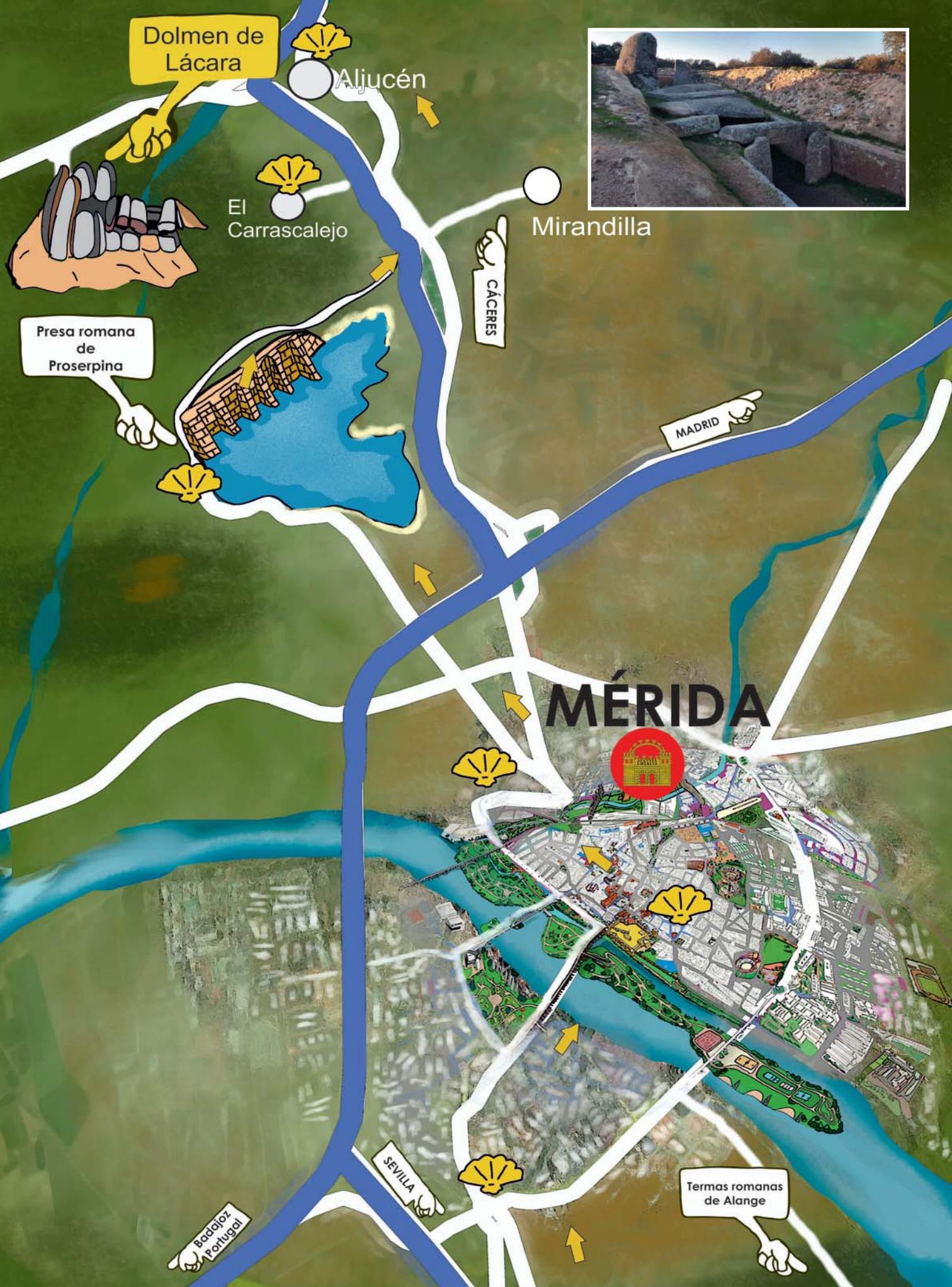
Nos encantaba internarnos, arrastrándonos casi, por un corredor bajo y estrecho, todo el construido de losas de granito, hasta llegar a un espacio circular abierto al cielo, rodeado de placas de piedra hincadas en la tierra, placas enormes como elefantes, pero partidas en su mayoría salvo una, más alta que las canastas de baloncesto que hay en el patio de los mayores en el cole.

¿Eran gigantes los habitantes de estas tierras hace miles de años? ¿Y si fueron tan altos, para qué construyeron un edificio con un corredor tan pequeño?

Durante el curso, unos arqueólogos nos dieron una charla en clase, contándonos muchas cosas de nuestra ciudad, sobre todo de aquellos tiempos en los que fue una gran población del Imperio Romano, pero no dijeron nada de la casa de los gigantes. Así que no quedó más remedio que yo les preguntara por ella. Su respuesta me decepcionó un poco porque, según ellos, los constructores de esa cabaña no eran tan grandes, aunque si más fuertes que nosotros, pero, sobre todo, supieron trabajar en equipo para construir no una casa como pensaba yo, sino una tumba de piedra a la que los arqueólogos llaman dolmen. Y no solo eso, esta tumba, que hubo de ser utilizada para enterrar a miembros de una tribu durante mucho tiempo, estuvo cubierta enteramente de tierra por encima, formando un pequeño cerro o túmulo que quedaría, con el tiempo, integrado en el paisaje que le rodeaba.

Fueran o no altos, aquellos lugareños de hace más de cinco mil años se convirtieron para mí en titanes, héroes capaces de hacer con las piedras más grandes lo que quisieran. Ellos fueron los constructores del primer monumento colosal de la comarca.





# El Sonajero Mágico

CUANDO ERA PEQUEÑO, OS HABLO DE HACER MÁS DE CINCUENTA AÑOS, recuerdo haber visitado el Museo Arqueológico con el cole cuando este estaba en la iglesia de Santa Clara. En aquella ocasión nos enseñó la colección su director, Don José, un hombre amable de esos que, cuando lo ves, te entra ganas de confiarle tus secretos. Él daba mucha importancia a las grandes piezas procedentes de los edificios de espectáculos romanos, como el teatro o el anfiteatro, y a los mosaicos de las viviendas de los emeritenses más importantes y ricos, pero a mí se me fueron los ojos a una vitrina que estaba repleta de objetos de cerámica, algunos pequeñitos, tanto que no podían ser otra cosa que juguetes de hace más o menos dos mil años. Cacharritos que pertenecieron a niños emeritenses y que les hicieron felices el poco tiempo que estuvieron en este mundo antes de morir. Seguro que los apenados padres y hermanos depositaron esos objetos tan personales en las tumbas de sus hijos para que no dejaran de disfrutarlos en el más allá.



De entre todos los cacharros y muñecos de arcilla allí expuestos, uno me llamó la atención de manera especial. Era un sonajero en forma de capirote, ensanchado en su base como si fuera una falda o una campanita. Tenía unos ojos y cejas enormes. Portaba un sombrerito de esos que llevan los payasos que tocan el saxofón y van pintados de blanco. Bajo el sombrero, sobresalían unas



orejillas desproporcionadas. Unas ridículas patitas suspendidas por cuerdecillas en el extremo del traje servían de badajo, que es la pieza en forma de dedo que hace que las campanillas suenen cuando se agitan. Pero, lo más curioso de ese extraño muñeco, era que llevaba un nombre grabado en su falda: "TYDIDES".

¿Era ese el nombre de su pequeño propietario? O, sin embargo ¿Era el mote con el que su dueño lo conoció esta mascota que velaba su sueño? Porque Tydides fue un sonajero tan fiel a su pequeño amo que lo acompañó en su sueño eterno hasta que, un día, los arqueólogos los sacaron a ambos de la tumba y los separaron.

Tydides, la mascota del niño romano, en realidad era la caricatura de un carretero, de esos hombres fuertes, pero que no sabían leer ni escribir y apenas contar, que estaban todo el día cargando pesados sacos en los mercados y almacenes de Augusta Emerita.

Después de dos mil años reposando cerca del niño, en la oscura tranquilidad de la tumba, les separaron para siempre...y eso parece que no sentó muy bien al muñeco.

¿Que cómo protesta Tydides por esa injusta separación?

Haciendo rebotar sus patitas sobre el filo de la falda de arcilla hasta emitir el sonido de una campanilla quebrada por la pena.

Solo pueden percibir este sonido personas mayores que, cuando se separan del grupo que conducen los guías y conservadores del museo, se acercan a ver el pequeño sonajero de cerámica y piensan que, una vez, hace muchos años, ellos también fueron niños.



## La puerta más pequeña del mundo

**L**OS MAYORES TIENEN UNA FRASE MUY CONOCIDA PARA HABLAR de los dueños que se lo ponen fácil a los ladrones para entrar a robar en su propiedad: “casa con dos puertas, mala es de guardar”. Pues bien, no es ese el caso de la ciudad de Augusta Emerita, que tardó casi cinco siglos en ser conquistada y tuvo no una, sino cuatro puertas principales, además de un montón de portezuelas por donde solo podían salir y entrar peatones. Pero, amigo, y si te digo que, además, la ciudad contó con miles y miles de puertas minúsculas, tanto que cuatro o cinco de ellas te cabrían en el bolsillo ¿Cómo te quedas?

Fueron puertas de plata o de bronce, todas iguales. Con dos torres gemelas vigilando dos puertas también gemelas, una para entrar en la ciudad y otra para salir de ella. Sobre las puertas está la muralla que rodea la ciudad, con sus torres vistas como lo haría un pájaro desde el cielo. Sobre todas las puertas luce la inscripción Augusta Emerita, el antiguo nombre de Mérida.





Lo curioso de estas puertas en miniatura es que por ellas no entraba nadie, tampoco nadie podía salir, al contrario, eran ellas las que salían y entraban de la ciudad tan panchas, libres como el viento, recorriendo todo el Imperio Romano pero, sobre todo, el norte y oeste de la Península Ibérica y su presencia alegraba a todo el que las poseía, especialmente los legionarios.

Estas pequeñas de las que os hablo se conservan casi todas en el Museo Nacional de Arte Romano. Pero creo que es hora de que vayamos desvelando el misterio de estas puertas enanas. Realmente eran una imagen de la puerta y las murallas de la ciudad representadas en monedas fabricadas en talleres emeritenses. Gracias a ellas sabemos cómo fue la gran puerta que daba acceso a la población desde el puente, de la que hoy apenas se conservan sus cimientos.

Si vais al ayuntamiento fijaos en la fachada, concretamente en la bandera que luce en su balcón o en el escudo que se encuentra bajo el reloj... ¡Es la puerta de las monedas!, esa tan pequeña y que, por tradición, se convirtió hace ya siglos en el escudo de la ciudad.

Aunque apenas queden restos de ninguno de los magníficos y monumentales accesos a la ciudad romana, una simple, una minúscula moneda ha sido suficiente para perpetuar la importancia de las puertas de Augusta Emerita. Pocas veces algo tan pequeño dio tanto de sí en el tiempo ¿No os parece?



# Los Ángeles de la Guarda de Quinto



**N**O SÉ VOSOTROS, PERO YO DE niño recé, sobre todo al acostarme, a mi ángel de la guarda. Él debía protegerme de los malos sueños y llevarme, sano y salvo, a despertar a un nuevo día.

En una de las visitas al museo, al que tanto me gustaba acudir para que su viejo director me contara historias, encontré una curiosa placa de mármol, a la que los arqueólogos denominan estela. El director me explicó que esa estela recordaba la muerte de un niño emeritense que, en vida, se llamó Quinto Articuleyo, hijo de Quinto Aefulano en la representación de la estela se encuentra acompañado por otro chavalillo que, aunque no tuviera alas, me pareció que podía haber sido su ángel de la guarda.



¿Por qué digo esto?

Pues si observamos la estela de cerca veremos a Quinto, muy elegante, con el típico vestido de los romanos: la toga. De su cuello pende un amuleto que le protegía de todo mal, la bulla, que todos los niños varones portaban hasta que llegaban a la mayoría de edad. Así que mientras vivió, la bulla fue su ángel de la guarda, pero no debió ser muy eficaz, pues Quinto murió tan solo con cinco añitos.

Sin embargo, en su nueva vida en el más allá, Quinto no estuvo solo, le acompañaba otro niño que, en la estela, le mira con tristeza, apoyando una de sus manos en la barbilla y cruzando las piernas. No viste como Quinto, si no que va cubierto por una túnica corta (quitón) ceñida a la cintura por un cordoncillo. Sus piernas van cubiertas con un calzón que le llega a los tobillos (braccae). De su cuello pende una capa larga (clámide). Pero lo que más me llamó la atención es que, sobre su cabeza, llevaba un gorro que nos puede recordar a las típicas barretinas de los agricultores catalanes o a los tocados con los que suelen representar los artistas a la República. Es, en realidad, un gorro que usaba en la antigüedad un pueblo que habitó Frigia, una vieja región integrada en la actualidad en Turquía.

Pues bien, ese compañero apenado por la muerte de Quinto es Attis y, como si fuera su ángel de la guarda, el director del museo me explicó que le prometía al niño que retornaría a la vida, como a él le sucedió, pues su abuela, la diosa Cibele, le resucitó tomando la forma de un pino, un árbol que, como muchos sabéis, es perenne, es decir, que sus hojas no caen en invierno, como si siempre estuviera vivo.



# El Niño de la Mirada Perdida

**¿** A QUIÉN MIRA ESE NIÑO? ES QUE MIRA SIN MIRAR, COMO TODOS LOS retratos en piedra que contiene el Museo Nacional de Arte Romano.

- ¿Los romanos no tenían pupilas? , Me preguntaba cuando veía a todos esos rostros de hombres y mujeres, unos sin expresión en la cara y otros, sin embargo, que lo dicen todo ¿Todo?, ¡No! Ninguno de ellos te observa, tienen ojos, sí, pero están vacíos. No sabemos si estos eran azules como el cielo que se asoma a la ciudad, grises o intensamente verdes, negros como carbón o marrones como la cáscara de la avellana.

En las caras de las personas mayores puede rastrearse la huella del tiempo y la experiencia: unas arrugas, los labios caídos, calvas rotundas, verrugas insolentes, narices afiladas, moños como los que llevaba mi abuela, en fin, pistas que nos comunican si el representado en esa escultura fue una persona que lo pasó mejor o peor mientras vivió.

Sin embargo, ese niño con mirada de mármol, blanca como un hueso, me ha





puesto nervioso siempre cuando le observo en la sala de retratos del museo, detrás del grueso cristal de la vitrina que nos separa a los dos. El vidrio me impide que le toque pero no que le observe. Pero es imposible porque, al no tener vida en sus ojos, no sé qué quiere decirme a través de ellos. ¿Me mira con pena? ¿Me observa con una mirada curiosa, como diciendo, ¡otro que no sabe entenderme! ¿Está cansado de tanta visita de curiosos que se apenan de su temprano fallecimiento?

Es difícil averiguar lo que piensa, es más, no sé en qué pensaría un niño romano. Sin tele, sin consola, sin teléfono móvil, sin cine, sin posibilidad de viajar en avión o en automóvil... lo cierto es que tiempo para pensar no les faltaría a los chavales romanos, la verdad, aunque jugaría mucho en la calle, como me cuentan mi padre y mi abuelo que hicieron en su infancia.

Pero de nada sirve intentar saber cómo fuiste. Tan solo ese labio levemente caído de un lado, como si algo o alguien -espero no ser yo- te diera asco... esa es la única pista que el escultor dejó de tu personalidad.

Me cuentan los arqueólogos que, al principio, fuiste un retrato pintado, como todos los que te acompañan en la sala que estás expuesto, con pupilas que miraban al infinito y, probablemente, cabellos tintados de color castaño y una piel sonrosada. Pero el tiempo borró el color y nos ha dejado un niño pálido como la cera y con la mirada perdida.

Dicen los vigilantes de seguridad que tus ojos de luna refulgen, como dos luciérnagas, en el interior del museo durante las noches cerradas. Quizá porque, en la oscuridad, tu mármol se convierte en esa lámpara infantil que ilumina un dormitorio inmenso, ese donde sueñan los primeros emeritenses con la eternidad: el Museo de Mérida.



# Nao, la Nereida de Piedra

**L**AS NEREIDAS SON UN MONTÓN DE HERMANAS, UNOS DICEN QUE cincuenta, otros que cien, hijas de Dóride, la hija de Océano, y Nereo, el dios más antiguo de los océanos, tanto que los griegos lo conocían como “El Viejo del Mar”.

Sus padres tuvieron que hacer un palacio en el fondo del mar en el que cupieran todo ese montón de hermanas y, para no provocar celos ni envidias entre ellas, cada una tuvo su propio trono de oro para acompañar a sus padres en las audiencias espectaculares que realizaban y a las que acudían, entre otros habitantes de las aguas, delfines, ballenas, orcas, tiburones, pulpos, sepias, jureles, caballos de mar y sardinas. También seres que esquivan los barcos y los humanos jamás han visto pero de los que han escrito mil y una historias los antiguos escritores griegos y romanos, como los tritones y las sirenas, mitad por las sirenas, mitad seres, o los hipocampos, que eran caballos con cola de serpiente marina.

La diversión favorita de esta gran panda de hermanas era montarse sobre las olas salvajes para domarlas o viajar, a lomos de grandes serpientes marinas, por los mares.

La más trotamundos y atrevida de todas era Nao, que no tenía temor alguno en acercarse, tras la caída del sol, a las costas para ver la luz de los





faros, luz por la que sentía una especial atracción. Jamás había visto el fuego, algo normal dado que el agua no arde, y las grandes hogueras que coronaban las torres de piedra de los faros le daban esa oportunidad.

Un día, viendo la torre de señales del puerto de Ossonoba (que hoy es una ciudad portuguesa conocida como Faro), se topó con un banco de anguilas y lampreas que la animó a internarse por el río Ana (río que, desde la Edad Media, es conocido como Guadiana). Ella jamás se había introducido en un cauce de agua dulce y, a pesar de las advertencias que sus padres siempre les hacían a sus hijas acerca de los riesgos de penetrar en los ríos, aceptó la invitación y, dejando atrás a la serpiente marina sobre la que montaba, se dejó llevar por las anguilas río arriba sin problema alguno, porque el cauce iba creciendo.

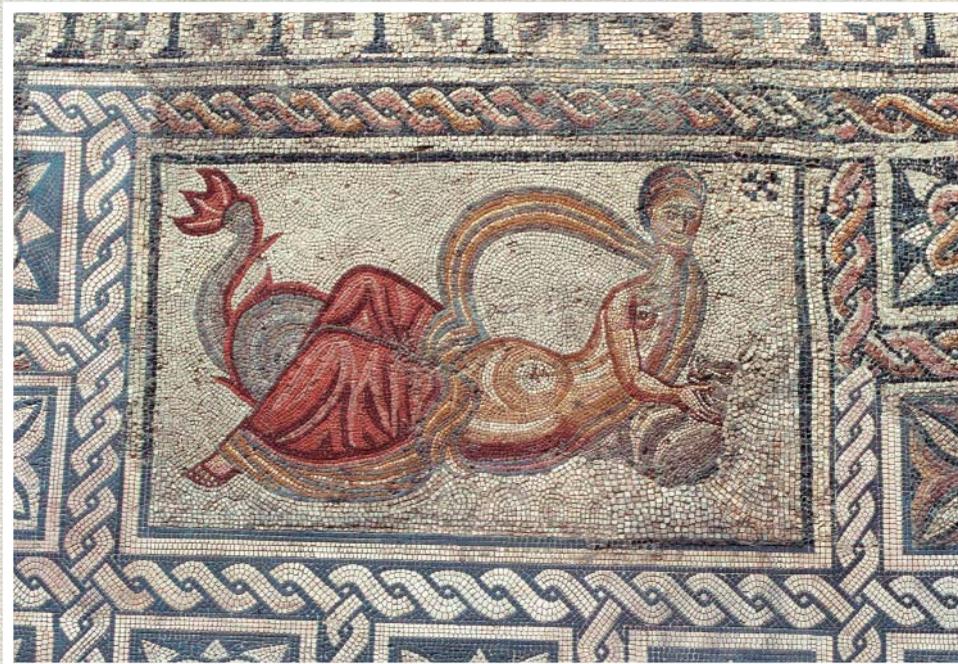
En su viaje conoció peces que nunca había visto, también animales que se desplazaban a cuatro patas con pelo y cuernas bebiendo en las orillas, también unos seres distintos que, apoyados sobre dos piernas, vivían en pueblos que le recordaban al palacio de coral de sus padres. Desgraciadamente también conoció a las ninfas, diosecillas de los ríos y los bosques, a las que no les hizo gracia alguna verla aguas arriba del río, justo a la altura de la ciudad de Augusta Emerita (la Mérida que hoy estas recorriendo o vas a visitar con tus padres y hermanos).

Y ese era el temor de los padres y el motivo de sus avisos, pues las ninfas son muy celosas de sus arroyos y lagunas, de sus montañas, prados y bosques y no admiten que nadie de otro mundo entre sin permiso a romper el orden: lo salado a lo salado y lo dulce a lo dulce, no ha de mezclarse el mar con el río. Tan solo algunos seres, como las lampreas o las anguilas podrán vivir en ambos mundos... y ese fue el error de Nao, dejarse arrastrar por ellas olvidándose de que estaba invadiendo un mundo que le estaba prohibido.

Las ninfas estrecharon y secaron el cauce del río, impidiendo el retorno de la nereida al océano.

Nao quedó atrapada en un charco al pie de la ciudad romana y, cuando éste se secó, murió asfixiada abrazada a una de las lampreas que la acompañaron en su último viaje.

Como sabéis, cuando la tierra de una laguna se seca esta se cuartea en miles de terrones de arcilla, como si fueran las piedras que componen un mosaico. Es así como podemos ver a Nao en el museo, la nereida que se convirtió en piedra.





## Eulalia, la tímida

**P**ARA VER EN TODA SU BELLEZA A SANTA EULALIA, LA NIÑA QUE DESDE hace siglos es la Patrona de mi ciudad, tenéis que visitar tres lugares especiales. Uno es el Hornito, una pequeña ermita con restos reutilizados procedentes de un antiguo templo romano dedicado a Marte, el dios de la Guerra. Por eso, desde abajo, podéis ver que todas las grandes piezas de mármol que rodean la escalera de acceso están decoradas con armas tomadas por las legiones a sus enemigos. En esa ermita hay una pequeña imagen de la "Santina" o "La Mártir", como aquí la llamamos. Otra representación está justo al lado, en el interior de la vieja Iglesia, presidiendo,

solitaria, el altar mayor, que es el lugar más destacado del Templo. Pero, sin duda, la más hermosa de las imágenes se encuentra en la Concatedral de Santa María, obra de un escultor portugués que se llamó Francisco Morato. Si te fijas bien, los rasgos de esta representación de la Santa parecen los de una hermosísima mujer japonesa. Pero también hay representaciones desafortunadas de Eulalia, y de una de ellas va este cuento:

Hace muchos, muchos años, los emeritenses estaban entusiasmados con la aparición de unos restos escultóricos romanos de gran belleza y tamaño. Alguno de ellos, incluso, llevaba inscrito el nombre de Augusto, el emperador romano que fundó la ciudad. Juntaron las piezas





y las colocaron, una sobre otra, hasta formar una gran columna. Pero no lo hicieron para lucir de una forma original las maravillosas piezas romanas halladas, nada de eso. Alzaron ese monumento, al que llamaron "pirámide", para colocar en su cúspide una imagen de la Santa Patrona Eulalia.

Pero lo curioso de esta historia es que, para realizar la imagen y el cuerpo de la Mártir, los canteros echaron mano de una antigua estatua romana. Reciclar elementos constructivos o de decoración antiguos era algo a lo que estaban los albañiles emeritenses acostumbrados. Muchos elementos de puertas, ventanas, muros estaban hechos con viejas piedras la antigua ciudad romana. Hasta los escudos que decoraban algunas casonas de los nobles los esculpían sobre viejas lápidas de difuntos o pedestales de estatuas de emperadores y dioses olvidados. Así que, por qué no hacer una imagen de Santa Eulalia con materiales romanos.

A algunos devotos no les pareció adecuada esta elección, decían que una imagen de una santa cristiana no debía hacerse reutilizando la escultura de una civilización antigua que creía en dioses falsos.

A pesar de las críticas, un cantero se puso a retallar la imagen a la que añadió, además, otros elementos, como una espada de metal en una mano y un libro en la otra (que con el tiempo fueron sustituidos por un horno y una palma). El resultado final no fue muy acertado: una cara con ojos grandes y saltones, la boca y la nariz desafortunadamente bastos, como el cuello, que más parecía una pierna que la delicada garganta de una niña. Pero, como iba a quedar en lo alto de la columna, todos pensaron que nadie apreciaría al detalle, desde esa distancia, la total carencia de gracia y belleza de esa representación de la Patrona.



Cuentan que la primera indignada fue Eulalia. Bien por timidez, bien por estar enojada, la estatua apareció girada muchos amaneceres, mirando al Este, dando la espalda a la ciudad y a su Iglesia.

Muchos creyeron que, con este signo milagroso, la Mártir quería alertar a los emeritenses de la llegada de una epidemia terrible, una desastrosa tormenta o de alguna escaramuza del enemigo

portugués, que estaba en guerra con los españoles. Pero no, en realidad lo que la Mártir pretendía era ocultarse a los ojos del paseante, avergonzada del grotesco rostro que talló un pésimo, pero bien intencionado escultor.

Y ahí continúa, sobre su "pirámide", la más desafortunada representación de nuestra Santa, a la que los de aquí nos hemos acostumbrado y saludamos, con respeto, cuando pasamos bajo ella.

## Las dos Almas del Viejo Castillo

**M**IS HERMANOS SE PARTIAN DE RISA CONMIGO AL VERME tiritar de miedo cuando íbamos a coger aceitunas en el viejo olivar del castillo. Un castillo muy particular, de tiempos de los ára-

bes andaluces al que los habitantes de Mérida llaman "La Alcazaba". Y es cierto, cuando veo los olivos, con sus arrugados y retorcidos troncos llenos de profundos agujeros, me recuerdan a ancianos desesperados que abren sus ojos y bocas como si gritaran, aunque nadie los oiga. Pero yo sí los escuché una noche de otoño cuando, tras concluir el trabajo, nos quedamos asando unas castañas junto a la alberca. Hubo un momento en el que mi hermano José, el mayor de todos, comenzó a reírse de mi temor a los olivos. Herido en mi orgullo, me alejé del grupo, internándome entre los árboles para demostrar a todos que estaban equivocados. Los árboles se movían, nerviosos, moviendo sus ramas al alocado ritmo de la brisa. Y juro que las hojas de los olivos pronunciaron mi nombre, muy, muy bajito: Liiiissss, Liiiissss.

Cuando retorné al grupo, parece que José notó el susto en mi cara y, poniendo cariñosamente sus manos sobre mis hombros me dijo - No temas, Luis, has escuchado la voz del alma de esta vieja Alcazaba.





Pero, como me has demostrado que eres un valiente, mañana te enseñaré otro misterio que oculta esta fortaleza: el alma del río Guadiana.

Esa noche no pegué ojo en la cama dando vueltas dentro de mi cabeza la misma pregunta: ¿El alma del Guadiana? ¡Cómo era posible que un río como el que pasa por mi ciudad tenga alma!

Al día siguiente José y yo nos internamos en la Alcazaba, parándonos ante unas puertas de piedra que siempre me llamaron la atención. No eran unas puertas normales, estaban decoradas con racimos de uvas entrelazados. Yo había visto que los labradores se internaban tras ellas, en una estancia oscura en la que jamás penetré, y que volvían a salir de nuevo a continuar sus labores, poco después, empapados de agua.

Antes de entrar, José me dejó con la boca abierta con estas palabras:

- Luis, yo sé que los olivos te daban miedo pero, ya viste ayer por la noche, no pasó nada al colocarte entre ellos, tan solo pronunciaron tu nombre. Es normal. Los olivos, que tienen sus raíces profundamente hundidas en la tierra de esta Alcazaba, suelen saludar a quienes entran en este recinto. Los olivos te llaman porque son al alma educada de esta Alcazaba.

- Y continuó hablándome, señalando a las puertas. - También sé que nunca has querido traspasar esta entrada, supongo que también por temor a lo que oculta la oscuridad que hay tras ella. Ven conmigo, hoy te voy a enseñar uno de los misterios de tu ciudad. Vas a ver como el río Guadiana también esconde aquí su alma.



# Un amor imposible

VIVIA AMOR SU NIÑEZ ENTRE LOS DIOSES, FELIZ DE HABER RECIBIDO UN encargo de suma importancia: ser el responsable de unir a las personas a través del lazo del cariño. ¿Cómo ejecutaba ese trabajo? A base de puntería, porque era un arquero portentoso, capaz de dar en la diana del corazón de los humanos y acertando casi siempre. Sus flechas, atontaban a sus víctimas, quedando prisioneras de una ilusión que, en ocasiones, se cumplía y, en otras, no. Si se cumplía, la herida del flechazo desaparecía si era correspondida la víctima por la persona amada. Ahora bien, si ese amor no era recompensado, la herida del flechazo no desaparecía del todo, se convertía en una cicatriz que permanecía, para siempre, en el corazón del pobre enamorado.



Otra virtud de Amor era que podía volar, de un lugar a otro, con dos maravillosas alas. De tal forma que, en muchas ocasiones, los dioses lo confundían con una garza, que es la más elegante de las aves. Es más, muchos pájaros creían que era uno de los suyos y, en ocasiones, volaban a su lado, convirtiéndose Amor en uno más de la bandada.

Una mañana de primavera, Amor estaba en su casa tranquilamente, colocando sus flechas: unas para hombres, otras para mujeres,

Me agarré fuertemente a su mano y, pasado el umbral, me interné con él en una escalera húmeda y tenebrosa, encajada entre paredes de piedra, que bajaba y bajaba hasta llegar a un lugar donde reinaba el más absoluto silencio y desde el que se podía admirar una piscina de aguas transparentes donde nadaban tranquilos unos preciosos peces de colores. También allí algunas salamandras descansaban sobre una alfombra de musgo. Era un lugar de paz, donde me sentí tan a gusto que terminé abrazando a mi hermano que, mientras tanto, me explicaba:

- ¡Querido Luis!, ya has visto lo que el río significa para nosotros: calma, paz, vida. Eso es el agua para todos los emeritenses. De este estanque llevamos bebiendo desde hace cientos de años, nos refrescamos en el alma del Guadiana, que a todos nos mimas, a ti también.

Desde ese día, no dejé de visitar el mágico lugar para ver si mantenía su nivel de agua y si los peces, junto a las salamandras, continuaban vivos y plácidos. Es la prueba de que el alma del Guadiana se encuentra bien y de que la vida continúa, feliz, en la ciudad.





las pequeñas para niños o niñas y hasta las tenía especiales para personas muy mayores, porque Amor no entendía de edades y si los dioses le encargaban que había que enamorar a dos abuelos, pues él alzaba el vuelo, buscaba el corazón del anciano elegido y lo cazaba.

Tan entretenido estaba con sus labores que no se dio cuenta de que, desde lo alto de un armario, atento le observaba un hermoso pájaro con plumas de variados colores. Era un pequeño abejaruco que se había enamorado profundamente de Amor.

Amor, al darse cuenta, agitó las manos y alas, intentando espantarlo para que, volando, saliera por la puerta hacia el jardín. Pero por mucho que lo intentó, el pájaro seguía encima del mueble, como una estatua, con sus ojillos fijos en la figura de Amor, que bailoteaba a su alrededor como loco intentando asustarle.

Cansado de tanto moverse y, viendo que no lograba nada, terminó pensando que el pajarillo estaba enfermo. Alzó un vuelo bajo y suave, hasta colocarse a la altura del ave y pudo ver, emocionado, que con una de sus alas este señalaba su pecho emplumado. Como tenía experiencia en estas cosas del cariño, supo que el animalillo le estaba entregando su corazón enamorado.

Amor lo tomó en sus manos, descendió al suelo y, con ternura, con ese lenguaje que los dioses emplean y que todos los seres vivos comprenden, le vino a decir que no podía corresponder a sus sentimientos. Le explicó que los dioses no tienen permiso para enamorarse de los pájaros y menos aún él, que era el encargado de enamorar a los demás.



Sin embargo, de aquella situación surgió una amistad eterna, la que permitió que, desde entonces, Amor siempre volara acompañado por su amigo, el abejaruco. Incluso, pasado un tiempo, éste volvió a enamorarse, en esta ocasión de una hembra de su especie. Amor permitió que hicieran su nido en una de las paredes de su casa porque, para él, ese pájaro formaba parte de su familia, una familia de dioses, humanos y ¡Por qué no! También animales.

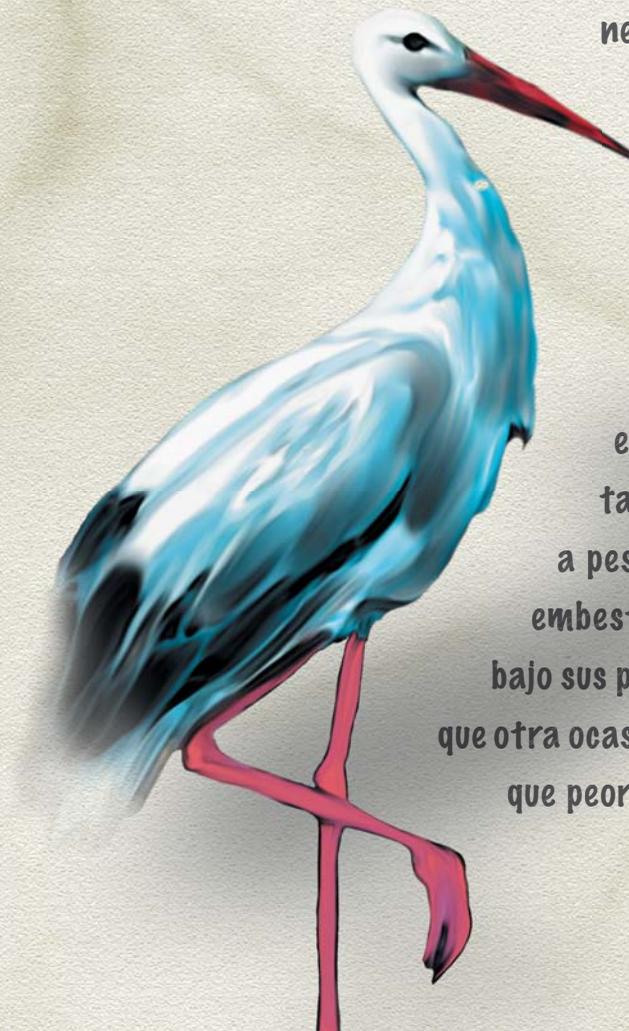


## El Milagro de un Canal que se convirtió en nido

UNA DE LAS MARAVILLAS DE MI CIUDAD ES UN ACUEDUCTO ROMANO que cumple, por mis cuentas, unos mil ochocientos cincuenta años. ¿Os imagináis el tamaño de la tarta y el enorme número de velas que habría que poner en ella si celebráramos su cumpleaños?

Pero ¿Qué es un acueducto? ¡Menuda palabra! En realidad, su función es sencilla: conducir al agua a través de un canal que va suspendido por arcos colocados, uno sobre otro, hasta lograr la altura necesaria para que el agua salte, encajada en ese canal, un valle. Pero una cosa es la función y otra muy distinta la obra que hay que hacer para lograrlo, que era gigantesca.

Cuando uno ve ese acueducto, piensa que es un milagro que todavía se conserve en tan buena forma este anciano de piedra, a pesar de soportar, a lo largo del tiempo, las embestidas de la lluvia y del arroyo que pasa bajo sus pies, la furia del viento y, hasta en alguna que otra ocasión, el peso de la nieve. Pero, sobre todo, lo que peor ha llevado el acueducto, son las heridas





que el hombre le ha ocasionado en su duro cuerpo, robándole parte de su piel de sillares y ladrillo, dejando al aire, desnudo, su esqueleto de hormigón. Incluso, nuestros tatarabuelos, destruyeron una parte de este hermoso monumento para que el ferrocarril pudiera llegar a la estación. Y, a pesar de todo ese maltrato ahí está, en pie, sin necesidad de bastón alguno para sostenerse. Por eso, los habitantes de Mérida bautizaron a este acueducto como “El de los Milagros”.

Pero la magia o el milagro de las construcciones bien hechas es que, además de durar muchos, muchísimos años, son capaces de ir adoptando otras funciones y este acueducto, que tanta agua llevó para que bebieran y se bañaran los primeros habitantes de esta vieja ciudad, hoy es la vivienda del ave más extremeña de todas: la cigüeña.

No os creáis que esos emplumados habitantes del acueducto son tontos, ¡todo lo contrario! Saben muy bien que la fortaleza de las enormes patas de piedra de este formidable ciempiés y los arcos que las unen, aguantan de sobra el enorme peso de sus nidos. Alguno de ellos llega a pesar tanto como tres adultos humanos bien rellenitos. Pero también saben que, el lugar donde anidan, que es el mismo en el que antes estuvo colocado el canal por el que el agua discurría, se encuentra a tal altura que ninguna persona puede hacerles daño o molestarlos. Y así están, la mar de tranquilos, allí arriba, viéndonos desde las alturas pensando ¡Estos humanos tan bajitos qué altos hacen los sitios para que hagamos nuestros nidos!





# Una breve historia apestosa

**M**UY CERQUITA DEL TEATRO ROMANO, PEGADAS A UNA CALZADA romana, hay unas piedras que forman una especie de escalón o, mejor aún, un banco al que, sus constructores, no sabemos por qué, les dio por perforarlo por arriba y por abajo. Al pie de este banco, discurre un canal que traía una corriente de agua procedente de unos baños (las termas).

En esos baños los primeros habitantes de esta ciudad no solo se ponían en forma haciendo deporte, también se relejaban dándose chapuzones en distintas piscinas llenas de aguas tibias, frías o calientes, mientras trataban asuntos importantes de política, religión o economía. Pero lo que más hacían era, sencillamente, chismorrear sobre familiares y vecinos. Que si este me la jugó en los negocios; que si aquella mujer tan buena persona no merece el marido que tiene; o bien... ¡Vaya!, como están los impuestos y el precio de los esclavos, nos vamos a tener que ir a vivir al campo porque hacerlo en la ciudad se está poniendo realmente caro.





Pasaban tanto tiempo en los baños que, claro, en muchas ocasiones les entraba la necesidad de hacer de vientre u orinar y es aquí donde entran en escena estos bancos próximos al Teatro porque eran, ni más ni menos, que las ilustres letrinas del que hoy es, sin duda, uno de los mayores monumentos de España.

Así que, mientras en el gran escenario teatral se representaba, pongamos por caso, un drama terrible entre varios dioses, Cayo Bocco se iba al váter con su amigo Julio Taurino, y, levantándose ambos bien las túnicas, se sentaban sobre uno de los agujeros de este banco, se ponían a parlotear, entre pedete y pedete, hasta quedarse tranquilos dejando sus tripas bien aliviadas. Terminada la faena, llamaban al pobre esclavo que, introduciendo una escobilla en el hueco lateral del banco, arrastraba las heces hacia el canal cuyas aguas sucias desembocaban, a su vez, en un canal enorme, la cloaca, que discurría bajo la calzada...terminando esta historia tan apestosa donde, por lo general, suele acabar: en el río.

Esta historia viene a demostrar, amigos, que no hay templo, ni circo, muralla o teatro y arco de triunfo que pueda sustituir a una buena letrina cuando la necesidad aprieta porque, cuando lo hace, un aseo se nos aparece como el mayor y mejor de los monumentos.



# El caballero de la Hermosa Ventana

**H**ACE DOSCIENTOS CINCUENTA AÑOS ¡YA HA LLOVIDO!, VIVIERON ENFRENTADAS en Mérida dos familias muy importantes, y tanto, pues eran las más ricas y poderosas de toda la ciudad. Una era la de los Vera y la otra la de los Mejía. Tan mal se llevaban que, si un Mejía iba a entrar en una taberna, en el barbero o se dejaba ver por el mercado, si algún Vera se encontraba en ese lugar, o bien el Mejía se daba la vuelta o bien el Vera salía por pies del lugar y con él, los amigotes que le acompañasen en ese momento. Hasta en la iglesia se sentaban en sitio aparte.

La ciudad estaba dividida por la mitad, o mantenías amistad con unos o con otros. Establecer relaciones con los dos bandos era imposible, intentarlo era como quedarse nadando en medio de la corriente de un río que, el final, terminaba engulléndote.

En esas circunstancias se encontraba Mérida, vi-  
viendo sus habitantes en una tensión inso-  
portable. Nadie del bando de los Vera  
podía negociar, comer, pasear, jugar  
y no digamos ya amar a un Mejía  
o a cualquiera de sus amistades.  
¡Eso sí que era imperdonable! La  
amistad y el amor entre unos y  
otros estaban prohibidísimos así que,  
lo que sucedió un buen día, rompió esta  
barrera de odio e hizo retornar la  
normalidad entre los ciudadanos.





Un triste y gris atardecer de otoño, Juan, el más pequeño de los Mejía, cruzaba corriendo el viejo puente romano huyendo de la lluvia, que le había pillado justo en la orilla contraria a la ciudad mientras pescaba. Azotaba el viento con fuerza y una ráfaga inoportuna le arrancó el sombrero que llevaba. Corrió tras él e hizo por cogerlo estirándose mucho sobre el pretil del puente, tanto que perdió el equilibrio y cayó al río.

Juan no se dio cuenta de que, tras él, y a cierta distancia, venía un joven a caballo. Era Francisco Vera quien, sabiendo que el chaval que iba delante era un odiado miembro de la familia de los Mejía, redujo el paso para evitar adelantarse y no verse obligado a ofrecer su cabalgadura para llevarle a la ciudad. Por otra parte, ver como un Mejía se calaba hasta los huesos era un pequeño placer que no quería perderse.

Pero, de repente, Francisco perdió de vista la figura del chaval y no le cupo duda de que éste había caído del puente al río, que venía crecido y era difícil mantenerse a flote en él, aun sabiendo nadar.

En ese instante, no tuvo dudas y, bajando veloz del caballo, se subió al pretil del puente y se lanzó de cabeza al río para salvar al joven Mejía. Afortunadamente éste estaba asido al tronco de un fresno que se encontraba atascado entre unas peñas. Francisco se acercó hasta él y lo llevó, con gran riesgo para ambos, hasta una de las muchas islas que hay aguas abajo el puente. Y allí pasaron ambos la tempestad.

El caballo de Francisco, continuó su camino hasta llegar al palacio de los Vera. Asustada, toda la familia salió en busca de Francisco y, camino del puente, se toparon con los Mejía y todos sus sirvientes, que andaban buscando al benjamín de la familia que no había llegado a casa y temían que algo le hubiera sucedido.

Sin mezclarse, Veras y Mejías comenzaron a cruzar el puente hasta llegar a un punto, desde el cual, escucharon los gritos de Francisco llamándoles, desesperado, para que los rescataran. Mientras tanto Juan, desfallecido, se encontraba abrazado al valiente Vera que, durante horas, le dio el calor que necesitaba, el calor de su cuerpo.

Poco tardó un barquero en sacarlos del apuro y dejarlos en la orilla, justo al lado del molino de las monjas. Allí ambas familias se alegraron, y comenzaron a abrazarse entre todos ellos, olvidando odios y rencores.

Los Mejía, para perpetuar esa acción de Francisco, esculpieron en una de las ventanas de su palacio la figura del bondadoso Vera bajo el escudo familiar, como si lo sostuviera para evitar su hundimiento, que es lo que hizo con Juan Mejía una tarde de otoño que diluvió en Mérida.

